

En su conjunto, las dos partes de esta obra son un modelo excelente de lo que debe hacerse en historia. Un texto documentado como éste permite analizar a partir del relato. De ese modo, más allá de la retórica, que inventa, y del poder, que administra la memoria, la historia nos conduce a la experiencia vivida por quienes la hicieron y sufrieron.

**Cristóbal Robles Muñoz**

**MIRA ABAD, Alicia:** *Actitudes religiosas y modernización social. La prensa alicantina del Sexenio Democrático (1868-1973)*, Universidad de Alicante, Alicante, 1999, 183 pp.

A tenor de la pervivencia e incluso renacimiento de las formas religiosas a finales de esta centuria, se está cuestionando la creencia en que inexorablemente la modernización iba a traer consigo la desaparición de todos los credos. El espíritu del siglo XIX, que contraponía en cierto sentido ciencia a religión, ha dado paso a un replanteamiento teórico en las disciplinas sociales y también entre los historiadores que se interesan por los fenómenos de tipo espiritual, desde el convencimiento de que la modernidad convive con diversas maneras de entender la religión.

La lectura de este libro invita a reflexionar sobre el proceso de modernización social y el papel desempeñado por la Iglesia y la religión en el mismo. La actual renovación de la historiografía española permite enriquecer los análisis más estructurales de historia de las instituciones –las investigaciones tradicionales sobre las relaciones Iglesia-Estado– con aquellos centrados en la presencia de la religión y la propia Iglesia en la sociedad. Contamos ya con numerosas publicaciones, desde planteamientos cada vez más científicos, sobre las políticas laicistas de los gobiernos liberales y republicanos españoles, y la respuesta de la institución eclesiástica a tales medidas.

En este contexto, nos encontramos ante un estudio sobre lo que Revuelta denomina la secularización actitudinal. A pesar de la dificultad de delimitar y analizar elementos como las opiniones, los sentimientos y las mentalidades, el resultado es plenamente satisfactorio. La obra, por tanto, menciona las iniciativas adoptadas por los gobiernos revolucionarios –libertad de cultos, matrimonio civil, secularización de cementerios–, pero sin limitarse a ellas, interesándose por la respuesta social que encontraron.

Una característica sobresaliente de la historia española es la destacada influencia social y política de la Iglesia, la permanencia en la mentalidad colectiva del discurso teórico elaborado por dicha institución. La modernización española no supuso el abandono absoluto de la religión, sino que el catolicismo dejara de ser el único eje vertebrador de los valores y principios imperantes. Frente a posibles visiones simplificadoras y reduccionistas, se recuerda que la realidad mostraba una pluralidad de actitudes. A pesar de lo que se suele creer, durante el Sexenio sólo una minoría de los defensores de la secularización social parte de presupuestos vinculados al agnosticismo o al ateísmo.

La nota dominante es una variedad de proyectos en el seno del catolicismo, desde la defensa acérrima de las tesis de la Santa Sede, caracterizadas por una actitud defensiva ante los cambios sociales, a los partidarios del regreso al cristianismo primitivo y de la reforma de la Iglesia. Nos encontramos en el comienzo del proceso secularizador todavía, lejos de las posiciones extremas del primer tercio de este siglo. Los revolucionarios conciben a la Iglesia como un obstáculo al proceso modernizador, pero distinguen entre institución eclesiástica y sentimientos religiosos. Por ello se insiste en la importancia de una vía intermedia en este debate: un deseo explícito de renovación de la Iglesia desde presupuestos católicos, que con frecuencia se olvida en los planteamientos historiográficos que aluden al conflicto clericales-anticlericales.

Otro rasgo definitorio del pasado español que aflora en estas páginas estriba en la debilidad programática y teórica de los revolucionarios del Sexenio, que se plasma en la dependencia teórica de las propuestas que surgen en otras naciones católicas, en especial de Francia. Con frecuencia la retórica y el voluntarismo, la confianza en un progreso que llegará de forma necesaria, sustituyen a programas concretos y meditaciones pausadas sobre la presencia de la religión y la Iglesia en la sociedad española. Las manifestaciones revolucionarias se ven lastradas por la incapacidad de elaborar un cuerpo doctrinal sólido y vinculado a la realidad.

Conviene retener esta idea, pues en el análisis en torno a la secularización se suele destacar la endeblez ideológica de los defensores de la Iglesia, sin reparar en la correspondiente fragilidad teórica en el campo progresista, caracterizado por la falta de claridad y rigor en sus propuestas. Como expone la autora, además existe en ocasiones una notable incoherencia entre la encendida oratoria revolucionaria y la práctica, con la pervivencia de formulismos religiosos, la presencia de autoridades en las ceremonias o un lenguaje impregnado de términos católicos.

La elección del periodo escogido no es casual. Durante el Sexenio se experimenta un especial interés por estos asuntos debido a la existencia de la libertad religiosa y la desaparición de la censura, coyuntura que hizo posible el afloramiento de opciones diversas al catolicismo oficial. Representa también un acierto la consulta de una prensa vinculada abiertamente a diversas opciones ideológicas, que refleja explícitamente una pluralidad de respuestas ante el fenómeno religioso, pero que además se erigía en creadora de opinión. Aunque se limite al examen de la prensa de Alicante, el panorama trazado abarca toda España y los debates planteados trascienden con mucho la realidad local, demostrándose una vez más que, al margen del ámbito objeto de estudio, la solidez de un análisis se fundamenta en el rigor metodológico y conceptual, del que es buen ejemplo este libro.

**Mónica Moreno Seco**